

dían hacerlo un Manuel María de Llano, que fué notabilísimo en el hablar; un Trinidad de la Garza y Melo, su hermano D. Simón, su yerno D. Ignacio Galindo, un Jesús María Aguilar, un Manuel P. de Llano y un Sr. Vereá en la cátedra sagrada, en la que con una locución fácil y amena, natural y persuasiva, derramaba torrentes de elocuencia, cual si fuese una fuente inagotable.”

Las cátedras de medicina se abrieron en el Hospital civil (hoy se llama de Gonzalitos), y así, cuando por exigencias del Gobierno, hubo que dejar el palacio del Obispado, donde se habían abierto las clases, cambiándose al local que hoy es la cárcel, dichas cátedras no tuvieron que sufrir nada absolutamente, y ni tampoco sufrieron en la malhadada invasión francesa.

No así las demás clases en esa época aciaga. Despojado el Instituto por la soldadesca hasta de los muebles necesarios ¿cómo podría recibir en su seno á la juventud? “Pero una treintena de jóvenes, dice el Dr. González en su informe de 1867, dotados de un espíritu fuerte, de una viva fé y un ardiente desco de saber, permanecieron firmes y resueltos á no abandonar sus literarios trabajos, mientras no les fuera de todo punto imposible continuarlos. “Con esto y con algunos profesores desinteresados, amantes de la juventud, que siguieron

“dando en sus casas las necesarias lecciones, “pudo subsistir, aunque diseminado y oculto, “en medio de tan universal trastorno este Colegio civil para eterno timbre de gloria de la “juventud de Nuevo-León.”

Tan honorífico elogio es acreedor á una referencia.

La ocupación de esta plaza por los franceses nos retrajo de todo paseo á los que éramos estudiantes, y á la vez desafectos á la causa del imperio, que lo fuimos todos. En esa soledad, en medio de Monterrey, quizá hicimos de la necesidad virtud, y pudimos dedicarnos con más empeño á nuestras tareas escolares, dándonosnos por caridad, esa es la palabra, el pan intelectual. Rindo aquí un tributo de gratitud á los Sres. Lics. Rafael Francisco de la Garza, Francisco Valdez Gómez y Ramón Treviño que me sirvieron de catedráticos en los dos primeros años de leyes, sin extipendio ninguno.

Gonzalitos era el Director de ese Colegio que subsistía, como él dijo, diseminado y oculto. Y cosa rara, pero que pone en relieve su indisputable ascendiente. Todos los que asistimos al abrirse los cursos de 1864 (en Octubre) y que encontramos hecho cuartel el local del Colegio (queda dicho que era el que hoy es la cárcel), sin indicación de nadie y por espontaneidad acudimos al respetable sabio en de-

manda de cátedras. El nos acogió: determinó siguiesen en el mismo local entre los soldados los cursos menores, y á los de cursos profesionales nos designó catedráticos. En los exámenes él nombraba sinodales y recogía las calificaciones: él hacía todo. Nosotros los estudiantes poníamos nuestra dedicación, los catedráticos su desinterés y el venerable Doctor su desinterés, su dedicación y su celo. El fué en aquella tormenta el piloto que guió nuestra nave por segura vía y la hizo arribar al puerto de salvación. ¡Bendito una y mil veces quien nos prestó su amparo en nuestra adversidad! ¡y bien por quienes á simples indicaciones de su parte, se prestaron á dar al desvalido estudiante el alimento intelectual, llorando á la vez los infortunios de la Patria!

Y bien merecen por cierto los desprendidos empleados del Colegio en aquellos dos tormentosos años, que pongamos aquí sus nombres.

CATEDRATICOS.

De latinidad: José María Múzquiz, Mariano Sánchez Peña, hoy notables abogados coahuilenses y Antonio Buentello, que era catedrático desde 1860 y los es aún en la actualidad.

Primer año de filosofía, Jesús Treviño.

Segundo año de filosofía, Isidoro Sptein.

Tercer año de filosofía, Antonio Garibay (finado.)

Prefecto de estudios, Lic. Amado Valdez (finado.)

Dibujo, Prisciliano Barragán.—Música, Epigmenio R. Melo.

CELADORES.

Secundino Roel, hoy Secretario de Gobierno.

José María Mier, hoy Licenciado y General.

Jesús Paz, (hoy finado.)

Cuando en Noviembre de 1864 salieron muchísimas familias de esta capital por temor de que fuese atacada; el prefecto salió con el grupo de celadores é internos á Santa Catarina, hasta que se serenaron los tiempos y volvió con el reducido número de empleados á ocupar la casa que servía de Colegio, conservando así aquel núcleo de nuestro Instituto.

Mucho tuvimos que sufrir los estudiantes. Cuando fué atacada Monterrey en Noviembre de 1865 por el General Escobedo, se formó una compañía inerte de nosotros, y se nos puso como en avanzada en la margen del rio donde cae el callejón de San Francisco. No tuvimos esa noche más arma que una carabina de dos tiros, descompuesto uno de ellos y el otro sin parque.

Y esto se hacía cuando la guaruición franco-traidora de la plaza, atacada vigorosamente por los desnudos soldados del General Escobedo no pudo resistir el empuje y fué vergonzosamente desalojada de los fortines de Casa Blanca, Carlota y la Ciudadela, atrinchándose en la loma del Obispado. Necesitó de refuerzo de más franceses para recuperar la

ciudad; pero sin derrotar á la fuerza republicana que, á bandera desplegada, se retiró, reservando sus bríos para las acciones de Santa Isabel, 1º de Marzo de 1866, victoria de coahuilenses y nuevoleonese y la decisiva de Santa Gertrudis, 26 de Junio de aquel mismo año, que fué la magnífica llave de oro con que los fronterizos abrieron las puertas de aquel entonces tenebroso porvenir.

Jeaningrós trataba realmente de darnos mortificaciones, de intimidarnos, porque, como se verá más delante, al celebrar el natalicio de nuestro digno director, no invitábamos á todo aquel que fuese afecto á la causa del Imperio y menos á ningún frances, lo que á alguno de nosotros, unido á otras causas por cierto honrosas, valió tener que salir de esta capital. Quizá también con esa conducta trataba el jefe francés de hacer que desapareciera el Colegio, plantel que no respetaba, en vista del decreto imperial de que no se enseñase en los Departamentos facultades mayores "á título, como dice el Dr. González en su informe de 1867, de iniciarnos en la ciencia del buen gobierno." Todos esos obstáculos para orgullo legítimo nuestro pudimos vencer, debido al celo y dedicación de Gonzalitos, que era nuestro sostén cuando el infortunio amagó casi de muerte á nuestro Instituto.

Y no sólo se concretaba nuestro querido director á desempeñar los cursos de medicina, que daba, y á servirnos de núcleo y de sostén;

hacía más: su casa era el colegio de cuantos fueran en demanda de instrucción. Yo estudié entonces con él historia y literatura.

Leía yo en mi casa tal ó cual época de la historia universal, escribía algunos versos y por las tardes iba á su casa. Refiero este hecho, porque la conducta del venerable maestro para conmigo, fué la que observó para con todo aquel que se le acercaba con deseos de instruirse. Letrados de edad proveccta y muchísimos jóvenes pueden atestiguarlo con la efusión propia de la gratitud más profunda. Proponíale consultas sobre lo que había estudiado de historia y le leía mis composiciones. El, con una amabilidad angelical, con una solicitud extrema, y esto durante dos años, satisfacía mis preguntas, examinaba mis versos, criticábalos. Cual era mi asombro de que, para mostrarme modelos que imitar y defectos de que huir, me citaba, sin abrir libro ninguno, capítulos enteros de la Biblia, pasajes de la Iliada, Odas enteras de notables poetas, bellísimos trozos en prosa; cuyos ejemplos todos estaban en su memoria, de donde afluían á sus labios con una fidelidad tal, con una ilación tan continuada, que no parecía sino que estaba leyendo. No recuerdo que alguna vez, y creo que á quienes lo trataron les sucederá lo mismo, equivocara una fecha, un nombre ó titubalara siquiera al recitar algún trozo literario. Sólo meses antes de su fallecimiento

comenzaron las sombras á invadir el despejado cielo de su cerebro.

En este instante viene á mi recuerdo más que todas, una de las deliciosas tardes que pasaba yo en su biblioteca, que fué y será para sus discípulos una especie de templo.

Dictábame la obra "Documentos para la historia de Nuevo-León (Setiembre de 1867);" refirióse á un capítulo de la *Relación histórica de la Colonia del Nuevo Santander* (Tamaulipas) de Fray Vicente de Santa María; y sin abrir libro ninguno comenzó á recitarme el capítulo citado (páginas 32 y 33 edición de 1867 de los Documentos, que son las 166, 167, 168 y 169 del Tomo 2º de Obras completas del Dr. González). Yo escribía admirando aquel prodigio de memoria, y ya llevábamos escrito más de la mitad, cuando tuvo que salir al llamado urgente de un enfermo. Tomó de su librero la obra del padre Santa María, la abrió en el lugar citado y de ella continué copiando lo que había que transcribir.

Al quedar solo me puse á cotejar lo que me había dictado, y no le faltaba una sola palabra. Cuando volvió, le comuniqué lo que había hecho, y con la ingenuidad que le era característica, me dijo: que para escribir sus discursos necesitaba días antes privarse de leer composiciones del mismo género, pues temía que se le quedasen párrafos que inconscientemente pudiera reproducir.

Realmente su memoria supeditaba á sus demás facultades intelectuales; pero no en tal modo que pudiera quedar eclipsado su talento. Lo tenía superior, dotado de una lógica y de un criterio que humanamente podríanse calificar de inerrables; mas no al igual de su clara, feliz y vastísima memoria. Formando un cuadro de su cerebro, puede afirmarse que en el cielo de su alma, la luna era el talento y un espléndido sol la memoria.

Y no sólo por parte de nosotros los estudiantes era reconocido el ascendiente indisputable de Gonzalitos, sino también aun por los mismos extranjeros.

En la Brigada francesa, al mando del implacable Jeeningrós, vino como médico el conde Livermán, individuo altamente recomendable por su saber y delicadas maneras. Decíase que había venido en la expedición por paseo y por vía de estudio y que era un experimentado profesor. Muchas personas ocurrieron á él en sus enfermedades. En los casos difíciles llamaba á Gonzalitos y seguía sus indicaciones sin observación ninguna. El conde quedó prendado del humilde y modesto médico de Monterrey, tan convencido de que era un verdadero sabio, altamente recomendable por su filantropía y laboriosidad, que bien merecía el que, los que observábamos al Dr. González, tuviéramos al mismo conde como el ini-

ciador de que se condecorase á éste con la cruz de la orden de Guadalupe, que el efímero Imperio de Maximiliano hizo revivir de las frías cenizas del de Iturbide. Se le mandó tal condecoración.

Poco tiempo después de que el conde volviera á París, nuestro Gonzalitos comenzó á recibir opúsculos que allá se publicaban sobre materia médica, y que con exactitud le remitía aquel hidalgo comprofesor, en quien tuvo un admirador constante. Yo ví muchos de esos opúsculos en la Biblioteca del Dr. González.

V.

Hospitales en Nuevo-León.—Hospital Gonzalitos.—Escuela de Medicina.

SE ha visto en la reseña sobre instrucción secundaria, que precede, que se pensó en ella casi en los comienzos de la colonia que formó el Nuevo Reyno de León. No puede decirse lo mismo respecto á la fundación de un hospital, aunque hubiera remediado en mucho los crueles sufrimientos de la raza indígena, que gemía en las congregas, siendo víctima de la desenfrenada avaricia de varios de los colonos, como lo prueba el que un Lic. Barbadillo y Victoria, apareciera al principio del siglo último como un redentor de los indios puestos en civilidad, según se decía entónces. Harto era, sin embargo, para un Fray Andres de León en los albores del siglo diecisiete y para un Gerónimo López Prieto, un siglo después, apoderarse de las almas de los conquistados, ya que no podían apoderarse de sus cuerpos, aunque, sea dicho en justicia, ponían de su parte toda la solicitud posible, á efecto de mejorar la condición física de los indígenas reducidos.